

Nuestra Experiencia de la Sociología

Por Francisco CARMONA NENCLARES, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.— Colaboración Especial para el número de la Revista Mexicana de Sociología destinado a honrar la memoria de Auguste Comte.

NUESTRA experiencia de la sociología forma parte de la experiencia intelectual de nuestra generación. Sin duda alguna, se trata de una generación frustrada, ya con más de cincuenta años y menos de sesenta en la tarea de vivir.

¿Por qué frustrada? La coyuntura histórica en que hemos vivido nos ha frustrado. Dos Guerras Mundiales, incontables revoluciones y guerras civiles, una crisis económica imposible de conjurar por el sistema económico en que se produce (toda crisis económica es la expresión de una crisis del ser humano) y, como inevitables consecuencias, el desconcierto, el conformismo ético-político, la renuncia y el miedo, constituyen el horizonte biográfico de nuestra existencia. Esta tenía que cristalizar, individualmente y en el destino personal, las fuerzas operantes de la circunstancia histórica en que la propia existencia se articuló. Somos, por eso, una generación frustrada. La generación frustrada de una época frustrada.

Nuestra experiencia de la sociología forma parte de la experiencia intelectual de nuestra generación, pero no son equivalentes. De ningún modo hay equivalencia posible entre ellas porque se refieren a dos líneas distintas del proceso intelectual aunque, en último término, se hayan conjugado. Cada una tiene su perfil y sentido peculiares, su causalidad

específica, pero es el caso que se han conjugado en nuestra actual y personal imagen del mundo; y para explicar esta situación, sea o no insólita, hemos tomado la pluma. El siglo XIX —primero, la cronología— se prolonga, dentro del XX, hasta 1914, fecha de la primera Guerra Mundial y las revoluciones consiguientes. El siglo XIX muere pues, en el XX. Por ese entonces se inicia nuestra formación humana, nuestra vocación. El descubrirla, si es que hemos logrado hacerlo, fue una aventura estrictamente personal: nadie nos preguntó nunca por ella. La evocación representa un juicio que uno hace sobre sí mismo por haberse descubierto uno a sí mismo. Pues bien, nuestra urgencia interior, nuestra incansable sed interna, nos acercó a la ciencia, al conocimiento. Porque queríamos saber; nada más que eso. Encontrar en la ciencia el sentido del universo. No queríamos ser ricos, ni vivir cómodamente, ni ganar batallas. Queríamos saber, nada más. Y teníamos la seguridad de lograrlo.

El mensaje de seguridad, la promesa del saber, la recibimos de la ciencia misma de la época. Nosotros teníamos la urgencia del saber y su segura promesa provenía, en cambio, de la ciencia. Precisamente de la ciencia del siglo XIX, todavía vigente hasta 1912, fecha de la Teoría de la Relatividad Generalizada, de Einstein. Entonces empezó el desconcierto ¿Acaso no había escrito Maxwell, después de formular las elegantes ecuaciones de la teoría electro-magnética, que el misterio sería definitivamente proscrito del universo? La ciencia del siglo XIX, montada sobre una sola geometría, sobre una sola física, etc., respiraba seguridad, suficiencia y orgullo. Era confianza y previsión infalibles. La ciencia traería a la tierra, al fin, la felicidad del hombre, la que no habían logrado instaurar la religión, la filosofía ni la política. Pedíamos, pues, a la ciencia lo que ésta presumía de otorgar haciendo idénticas, porque ese era el espíritu de la época, seguridad y felicidad. Cosas que no hubiéramos ido a buscar, por ejemplo, a la Literatura o la Historia porque su objetivo no es, que sepamos, la promesa de la felicidad sino la pintura de la contradicción esencial del ser humano, el ángel rebelde esculpido en una bestia erguida.

Sería erróneo afirmar que a imagen del universo manejada por la ciencia clásica, por aquella única geometría y aquella única física, presuponía un mundo extraño al ser humano. Muy al contrario: el Universo, escrito en lenguaje matemático, era inteligible. La escala macroscópica de las cosas reproducía la escala microscópica del entendimiento. El Universo era racional. ¡Qué Alegría! Platón, cuando declaraba que la raíz de la ciencia es amarga, pero que los frutos son dulces, estaba en lo justo.

Nosotros gustamos, con la amargura inicial —¡ese cálculo infinitesimal, señores!— la inefable dulzura de los frutos. Mientras tanto habíamos renunciado a la vida de todo el mundo. O sea, a la vida normal de un joven español de veintitantos años allá por 1924. No sabíamos nada de las muchachas, por ejemplo, nuestro semejante del otro lado del misterioso río del sexo, ni de la buena ropa, ni del buen comer. Consumíamos, según la palabra de Cicerón, más aceite que vino, aunque en nuestro tiempo la desvelada lámpara del humanista romano se hubiera sustituido ya por la corriente eléctrica o, en todo caso, si la pobreza apretaba mucho, por la vela esteárica. Porque hambre, lo que se dice hambre física, pasamos bastante. ¡Ay, experiencia que encaja perfectamente en el orden universal, pues el hombre hace su vida con el material de sus sueños!

Fue una época estupenda. Cierto que llevaba una terrible amenaza, de la que sólo muchos años después nos hemos dado cuenta, al estallar en el fascismo y la segunda Guerra Mundial. Pero entonces carecíamos de toda preocupación del índole político-social. Nuestra preocupación era el Universo, no el hombre. Si. ¿Parlamentarismo, elecciones, socialismo, república? Nada, una manera de perder el tiempo. “Política” decíamos, dando a la palabra un acento avieso. El detalle del acento pone de relieve nuestra general estupidez. ¡El Universo y no el hombre! De la idiota somnolencia nos despertó, demasiado tarde, el fascismo; la política de la sangre, la raza y el suelo, del genocidio y del campo de concentración. La política de “cuando oigas hablar de cultura, saca la pistola” Es que, sin duda, ignorábamos muchas cosas; entre otras, ésta: una ciencia insegura de una sociedad, una ética, una política y un ser humano inseguros que pondrán la supervivencia física individual, el ir tirando, como el valor más estimable. El hecho de la radical inseguridad de la ciencia moderna advino a nuestra formación, al diario quehacer vocacional, precediendo la aparición del fascismo. La causa produce el efecto. El irracionalismo científico precedió al irracionalismo social. Ahora ya lo sabemos. Lo hemos aprendido a costa de nosotros mismos, pero es un tipo de sabiduría que preferiríamos, por bien del ser humano, no haber adquirido nunca.

¿Acaso no está claro? Desearíamos que lo estuviera, pues nuestra generación se frustró, precisamente, entre 1925-35. Diez años de trance. Nuestra actividad humana consistía en nuestra vocación y esa vocación era la ciencia. Pero, nuestra vocación se estrelló, en su doble dimensión profesional y humana, contra una ciencia equívoca la primera, y contra su consecuencia social, el fascismo, la segunda. ¿Qué había pasado? Ve-

níamos trabajando sobre la idea de que si el universo es racional, inteligible, también lo sería el hombre; de repente, este punto de partida resultó falso. ¡Prolongaba hasta el siglo xx el optimismo científico del siglo xix! Las discusiones en torno al teorema v de la geometría de Euclides, las geometrías de Lovachevsky y Riemann, el experimento Michelson-Morley, etc., experiencias y hechos que venían de atrás, no habían puesto en entredicho, o así lo estimábamos, la seguridad fundamental del conocimiento científico. Nuestra inercia mental y emocional no lo quería aceptar. La noción del espacio curvo, riemanniano, por ejemplo, exigía otro tipo de conocimiento, otra lógica, otra física, otra imagen del mundo que las nuestras, poniéndonos ante los ojos el equívoco de la razón —¿por qué no, si hay varias geometrías posibles?— y la radical inteligibilidad del universo. ¡La singularidad del hombre en el universo irracional! El universo se había vuelto nuevo y extraño. Así despertamos, de golpe y porrazo, sin quererlo, a una inesperada perspectiva de las cosas. La perspectiva del principio de incertidumbre, de Heisenberg. Nuestros hábitos mentales eran un error.

Entonces, nos pusimos a releer la historia, ¿Por qué? Llevados, sin duda, por el desaliento intelectual. Pero no la historia de la ciencia, o de la matemática, sino la historia del hombre. Queríamos confrontar nuestra situación histórico-cultural con otras, dadas ya en el pretérito, en el fin de la antigüedad clásica, por ejemplo, o a principios de la Edad Moderna, en el siglo xiii, y más o menos análogas, pretendíamos, a la nuestra. Releímos la historia, la gran aventura del hombre, nuestra propia biografía, desde el descubrimiento del fuego hasta el principio de incertidumbre, que nos había vuelto el universo extraño y nuevo, para reencontrarnos; nada más que para eso. Para, primero que nada restaurar la certeza acerca del sentido de la vida humana. Como el meridiano del autoconocimiento pasa por el hombre, por ser humano, no por el individuo aislado, fuimos a parar a la historia. Esto sí está claro. Siempre habíamos tenido presente, a la manera de cimiento invisible, pero incommovible, la idea de la necesidad óptica y cósmica del ser humano; es decir, el ser humano es necesario en el plan universal. Puede ser destruido el individuo; la presencia y existencia del ser humano están determinadas por el requerimiento de la urdimbre cósmica. El ser humano no puede ser destruido. Así pensábamos, hacia 1930, y, para comprobarlo nos entregamos a la revisión de la historia, esa gigantomaquia.

Sin duda, por la misma razón que la matemática y la física, la ciencia en general, desemboca en la filosofía, pues hay que descubrirle su chiste, su secreto a la naturaleza, sin que sepamos decir cuál sea el origen de este deseo; así, la historia desemboca en la sociología. Cabe al espíritu humano la posibilidad de marchar por su camino, no sufriendo desviaciones aunque no divise el final del camino. Quizás tenga menos importancia divisar el final que seguir el camino mientras podamos construirlo bajo nuestro pie. Para nosotros, desde luego, es más importante el camino que su término. Siguiendo el camino de la ciencia, especialmente de la matemática, la física y la biología, fuimos lanzados de manera insensible a la filosofía, que tampoco era ni es el final de camino alguno, sino el camino mismo de que tratamos. Esa especie de compulsión de la ciencia a la filosofía es comprensible y se integra en el orden de las cosas. Pues la primera línea de un tratado de matemática, física o biología es algo más que matemática, física o biología: es filosofía. Con esta alusión a la filosofía no se trata de asegurar al ser humano, cuando se llama filósofo, un lugar privilegiado, ni tampoco hace intervenir un principio especial en la cultura, que explicaría, prescindiendo de la matemática, la física y la biología, nuestro origen y lugar en el cosmos, o el origen y lugar del filósofo; se trata del reconocimiento de un hecho: *multum non multa*, decía al respecto el adagio latino. El sistema de la ciencia es un todo coherente y unitario, *multum*, perspectiva que se logra por el descubrimiento de las relaciones intrínsecas de los hechos y cosas, *multa*. La ciencia no es un catálogo de hechos, de fenómenos, sino el descubrimiento del orden implícito o intrínseco en los hechos; los hechos y su orden son la misma cosa. Las teorías (*multum*, filosofía) son teorías de hechos y esto sólo pueden probarse por hechos (*multa*). Pero ¿qué ha pasado en estos últimos años a los filósofos? No preguntamos qué ha pasado a la filosofía, sino a los filósofos. Actúan en su mayor parte como si tuvieran la intención de destruir la ciencia, o sea los hechos. Es lo que trató de hacer Platón con Demócrito y Leucipo, por ejemplo. ¿Lo recuerdan? Platón quería quemar las obras de Demócrito; la referencia proviene del venerable Diógenes Laercio. Platón no entendía a Demócrito, de la misma manera que muchos filósofos contemporáneos, y los más relevantes, no entienden, literalmente hablando, a Heisenberg o a Cantor. La ciencia moderna ha roto con el sentido común y resulta incomprendible sin la matemática y la física. Mientras que el destino constitutivo de la filosofía es el antropomorfismo, el de la ciencia es el cosmomorfismo.

Así, una concepción delirante —¡ esa intuición eidética de Husserl!— ha sido sustituida por otra, más modesta y humilde, que encarna el anonimato del ser humano en el universo. Que aporta conocimiento sin certeza.

Ahora sigamos el relato. Quien, como nosotros, haya entrado en la filosofía por la ciencia recibirá, más tarde o más temprano, la impresión de un fraude. Hoy consideramos que escribir filosofía con mayúscula es un hábito impregnado de lo que los melanesios llaman *mana*; empero, hacia 1930 tuvimos que acostumbrarnos a pensar con nombres abstractos y letras mayúsculas. La ciencia experimental nos había empujado a la filosofía. Si la ciencia estaba en contradicción con el sentido común ¿ acaso no tocaba a la filosofía resolver el conflicto? Eso decían los filósofos, si uno lograba forzar el trato, al través de los libros, con esos individuos que se sienten, cada uno por sí, un acto especial de la creación. Pronto nos dimos cuenta de esto: los filósofos juzgaban que la ciencia, la experimentación que representa intervenir activamente en la naturaleza, había cometido una especie de sucia traición a la filosofía; precisamente porque la ciencia no exige, como actitud, la contemplación, sino la manipulación, el experimento. El filósofo negaba al científico el derecho de irse al diablo por su propio camino, porque según el filósofo, no había otro camino que la filosofía. ¡ La ciencia experimental suplantando a la filosofía con mayúscula! Cosa de rojos, de judíos, de individuos sin patria, de repugnantes izquierdistas... Pues ¿ no era la filosofía, con mayúscula, quien debía señalar sus límites a la ciencia experimental? ¡ Y ojo con salirse de ellos, señor Paulov! Experimentar con perros para reducir la conciencia humana a un nexo atómico de reflejos constituía una deslealtad a Platón, Kant y Hegel. ¡ Ay, así lo ladró por un micrófono Goebbels, doctor en Filosofía! Aquel escupitajo humano que acusara a Paulov de deslealtad al “espiritualismo de la civilización occidental”, por la misma época, rara coincidencia, el año 1934, en que Heidegger, nombrado rector de una universidad nazi, declaraba que la filosofía era un asunto ario.

En fin, hemos sufrido también la decepción de la filosofía ¡ Nuestra historia es la biografía de una generación frustrada! Por las ilusiones que habíamos puesto en su estudio, la decepción nos dejó una cierta amargura y resentimiento. Lo confesamos sin equívocos y alegremente. Fue Kant, en la doctrina del conocimiento sintético *a priori*, y en la idea de que el conocimiento físico no es un conocimiento del mundo, sino de nuestro propio espíritu, porque no percibimos las cosas sino que percibimos, en lo percibido, nuestra propia percepción, quien nos trajo la decepción. ¡ Lo

que Kant llamara su revolución al estilo de Copérnico! El pantano en que hemos estado revolviéndonos bastante tiempo. Pues, al tenor de Kant, nuestro conocimiento no podía serlo de la estructura del universo fuera de nosotros, sino de la estructura de nuestro espíritu, dentro de nuestro propio espíritu. ¡El círculo infernal del yo! Kant nos defraudó de una filosofía, aunque no de la filosofía, de la misma manera que determinados aspectos de la ciencia del siglo XIX, la suficiencia de Du Bois Raymond, por ejemplo, asegurando que eran siete los enigmas del Universo que quedaban por explicar, nos defraudó de una ciencia, no del conocimiento científico. Ciencia y filosofía son irrenunciables.

Nuestra experiencia de la Sociología abarca, hasta el momento de descubrirla, la experiencia de una vocación. Abarca una biografía intelectual, según queda expuesto. Abarca una biografía que se ha ido erigiendo, entre errores y decepciones, como un destino. En su dimensión cronológica la biografía no es reversible, pero es reversible, en cambio, la formación vocacional: las nuevas experiencias reorganizan en el cuadro de otra perspectiva a las experiencias ya logradas. Ahora podemos decirlo mirando hacia atrás, hacia un atrás que implica el presente actual. La Ciencia nos empujó a la Filosofía, y la Historia a la Sociología. ¿Cuál fue el principio impulsor de estos movimientos? Sin duda, la necesidad de unificar el conocimiento, de integrarlo, pues sólo en la unidad se deriva, del conocimiento, la seguridad y el sentido. Un conocimiento inconexo carece de aquel impulso a la unidad y carece también de sentido, pues hace de las cosas un dédalo inextricable. Sólo la matemática, o sólo la física, o sólo la filosofía, etc., acaban por convertirse en narcóticos; hay en cada conocimiento parcial la exigencia, irrenunciable por el propio conocimiento, de integrarse en una totalidad unitaria. Alienta en el conocimiento parcial una velada alusión al conocimiento total. Cosas éstas har-to sabidas para insistir más sobre ellas.

Habían jugado su papel en el movimiento de la matemática, de la física, a la filosofía. Claro es. Esta unifica en una sola pregunta, o trata de hacerlo al menos, las múltiples interrogantes que se desprenden del estudio de dichas ciencias; por eso no podemos renunciar a ella, ni puede renunciarla tampoco el conocimiento mismo. Pero hubo otro motivo, el de encontrar las correlaciones entre el conocimiento y los factores existenciales sociales, que actuó también en el movimiento de la Historia —de la biografía del ser humano—, a la Sociología. La idea de encontrar esa correlación entre el conocimiento y la sociedad, no entre el conocimiento

y el ser del hombre, pues esta correlación tiene que explicarse por la correlación conocimiento-sociedad, es el acontecimiento intelectual más importante, por cierto, de nuestros últimos veinte años. Equivale a nuestro descubrimiento de la Sociología. La perspectiva sociológica incluye en su horizonte el sentido de la filosofía, la significación de ésta en el cuadro de la cultura humana. Entonces nos dimos cuenta, inmediatamente de que la filosofía, como la religión o el arte, tienen que explicarse por la Sociología, y no al revés, según se nos había propuesto en forma indiscutible. Esta es, en pocas palabras, nuestra experiencia de la Sociología.

Y conste que no se trata aquí de una simple manipulación. No se trata de pasarse de listos. No se trata, en fin, de sustituir la Filosofía por la Sociología; se trata, en cambio, de esto: es en la perspectiva sociológica donde podemos descubrir la naturaleza genésica, la estructura y sentido del pensamiento, tal como lo encontramos encarnado, después, en la filosofía, en la cultura. La filosofía no explica el filosofar; quien explica al filosofar y al filósofo es el punto de vista de la sociología del conocimiento. Para explicar desde el postulado y de la geometría euclidiana hasta el principio de indeterminación de Heisenberg; o desde la teoría platónica de las ideas hasta la concepción existencialista del ser y la nada, tenemos que referirnos al movimiento histórico-social subyacente. Tenemos que referirnos a una determinada imagen del mundo y al ser humano que convive en ella; es decir, a la sociedad en que el hombre se articula. La verdad está condicionada por la sociedad y la Historia.

Esta es, repetimos, nuestra experiencia de la Sociología. No culmina en una posición o actitud relativista o escéptica; no, ni mucho menos. De ningún modo termina ahí. La sociología del conocimiento pone de relieve el hecho de que todos los sistemas de la verdad son relativos a una imagen del mundo, a un tipo de sociedad, y son —a la vez— objetivamente válidos. Su condicionamiento histórico-social no los impregna de relativismo o circunstancialidad. Expresan la constante que llamamos el ser humano en la variable histórico-social.